

loso de su autoridad—dice Bussy—no le puso ya mala cara» (1).

Pero si el Rey no se ocupa tanto en esto, no sucedía lo mismo á Richelieu. Viendo que se despreciaban las leyes, y que la sangre más preciosa de la Francia se derromaba sin provecho del reino, creyó este ministro que una resolución fuerte, en que se derramaran algunas gotas de sangre, economizaría torrentes de ella, y en consecuencia hizo prender á Boutteville de Montmorency, y le mandó cortar la cabeza. Todos los amigos del Barón de Chantal temblaron también por su vida. «El Cardenal de Richelieu—dice Bussy—que acababa de cortar la cabeza á Chalais, y que aborrecía á Chantal, porque era amigo de aquél y de Boutteville y de Toiras, hizo creer al Rey que Chantal tenía grandes relaciones con Chalais; y como esto no fuese bastante para que el Príncipe perdiese la simpatía que le inspiraba Chantal, el ministro, que conocía el carácter desconfiado del Rey, le dijo que Chantal se burlaba de todo el mundo, y esto fué bastante para hacérsele temer tanto como aborrecer» (2).

Fácil es imaginar las angustias de la Madre de Chantal en circunstancias tan críticas, si bien su valor fué más grande que su mismo dolor. Al traerle la noticia—dice la Madre de Marigny—de que el Sr. de Boutteville y el Sr. de la Chapelle habían sido decapitados, por orden sin duda del Rey, por haberse desafiado, esta bienaventurada madre resolvió ir á Francia, y asistir al suplicio de su hijo, que acostumbraba salir á batirse, si tal debiera ser su suerte, y ayudarle á bien morir si se lo permitían, á pesar de la infamia que podía recaer sobre ella, tanto por su clase como por su cualidad de madre (3).

(1) Bussy, *Genealogía manuscrita*.

(2) Bussy, *Genealogía manuscrita*.

(3) *Segundo manuscrito de la Madre Luisa Dorotea de Marigny. Pro-*

En estas circunstancias se supo que los ingleses, para socorrer á los protestantes de la Rochelle, se preparaban á invadir las costas de Francia, y que en su consecuencia iba á partir un ejército á las órdenes del Marqués de Toiras, para oponerse al desembarco. Celso Benigno, «que veía la mala cara que, hacía algún tiempo, le ponía el Rey», creyó encontrar el medio de salir de su falsa posición con un rasgo brillante, y se alistó en el ejército como voluntario, con Noailles, Sombran y otros varios compañeros casi tan comprometidos como él.

En cuanto la santa Madre de Chantal supo la determinación de su hijo, se apresuró á escribirle. Los consejos que le da son graves, como las circunstancias. Inquieta mil veces, más por el peligro que corre su alma, que por el que amenaza á su cuerpo, viéndole entre los azares de la guerra, se esfuerza en reanimarle con el pensamiento de la eternidad; le ruega que tenga mucho cuidado de su conciencia; que la ponga en el estado en que desearía estuviese á la hora de la muerte; insiste vivamente en los peligros que van á rodearle; sobre la vanidad del mundo, que no es más que humo é ilusión, y concluye asegurándole se tendrá por feliz si con su muerte pudiese alcanzarle la gracia de vivir en la fiel observancia de los divinos mandamientos, y poseer, en fin, el bien incomprensible del Paraíso (1).

Al mismo tiempo escribe á la joven Baronesa para sostener y animar su corazón, que estaba inquieto y afligidísimo con la guerra. «¡Oh! querida hija mía—la dice,—no extraño que vuestro pobre corazón esté tan inquieto viendo á Celso Benigno entre los peligros de la guerra, porque, ciertamente, el mío lo está también.

*ceso de beatificación*, tom. II, pág. 978. Véase también el *Manuscrito de la Madre de la Croix*, *id.*, pág. 516.

(1) *Cartas de Santa Juana Francisca*, carta 80.

Creed que le encomiendo á Dios más fervorosamente que nunca, y tengo confianza en que le protegerá, y suceda lo quiera, la bondad divina le recibirá en sus manos misericordiosas (1).» Y no contenta con rogar ella sola por su hijo, hace que todos le encomienden á Dios; escribe á las Madres Favre y Brechard, al ilustrísimo Sr. Fremiot, y á los señores de Coulanges. Se queja de que no tiene noticias, y multiplica sus cartas á fin de que se le tenga al corriente, día y noche, de lo que pasa á su querido hijo.

Mientras tanto, la guerra se había principiado, y en medio del peligro, que cada día aumentaba, Celso Benigno, sostenido con los consejos de su madre y de su joven esposa, y protegido con tantas oraciones, sintió reanimarse su fe. Sin perder nada de su valor y alegría francesa, juntó con ellos la seriedad y los pensamientos elevados, que á toda alma cristiana inspira la presencia de la muerte. El 22 de Julio de 1627, los ingleses se dejaron ver en las costas de la Isla de Rhé, y presagiando todo que al día siguiente por la tarde se daría la batalla, el Barón de Chantal se confesó y comulgó con extraordinaria devoción, después de lo cual, en paz con Dios, no pensó ya sino en cumplir su deber como bizarro caballero.

La acción fué sangrienta y duró seis horas. Celso Benigno hizo prodigios de valor. Por tres distintas veces le mataron el caballo que montaba. Recibió veintisiete heridas de lanza, y la última, que le mató, le fué hecha—dicen—de mano de Cromwel. «Juntando las manos imploró la misericordia de Dios, y murió gloriosamente (2) defendiendo la Iglesia y el trono (3).» No tenía más que treinta años. «Si hubiera vivido más tiempo y seguido en el ejército, como es de creer, en las

(1) *Cartas nuevas*, edición Migne, pág. 1367.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 221.

(3) Bussy, *Genealogía manuscrita*.

guerras que duraron todo el reinado de Luis XIII, con la nobleza, talento y valor que le distinguían, es muy probable—dice Bussy—que hubiera llegado á los mayores empleos y honores de su profesión. Y digo probablemente, porque certeza no la hay, en razón á que los caprichos propios de la fortuna impiden á la gente sensata el asegurar nada definitivamente (1).»

La muerte de Celso Benigno fué llorada por todo el mundo (2). El Arzobispo de Bourges, su tío, quedó inconsolable, y no teniendo fuerzas para dar la noticia á la Madre de Chantal, rogó al Ilmo. Juan Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, le presentase por sí mismo este cáliz. Escogiendo éste el momento en que la Santa acababa de comulgar, la hizo llamar al locutorio después de la santa Misa. Una precaución muy prudente tomó el Ilmo. Sr. Obispo. Acordándose de lo que había sucedido cuando murió María Amada, «mandó á decir á la Madre de Chatel por medio de la Hermana portera, que estuviese pronta á la puerta del locutorio, para socorrer á nuestra digna Madre si se sentía mala (3).» «Y bien, Madre mía—le dijo el Ilmo. Prelado,—tenemos noticia de la guerra; se ha dado una gran batalla en la isla de Rhé; el Barón de Chantal, antes de entrar en la acción, oyó Misa después de confesarse, y comulgó en ella, y...—En fin, Ilmo. Señor—respondió la Santa—ha muerto.» El buen Obispo se echó á llorar, sin poder proferir ni una sola palabra más. Por su parte, la Madre de Chantal quedó muda de dolor. Estaba

(1) *Genealogía manuscrita*. Bussy añade en una nota: «Los muchos muertos que antes del tiempo de Cristóbal y Celso Benigno fallecieron de modo extraordinario, hacen ver muy claro que las prosperidades de este mundo no son la recompensa de los buenos, pues que toda la virtud de Juana Fremiot no pudo librarla de estas desgracias, y antes bien, parece que Dios le envió estas aficciones para atraerla más y más á su amor.»

(2) *Vida compendiada*,

(3) *Idem*.

de rodillas, con las manos juntas, sin decir una palabra, cayendo de sus ojos torrentes de lágrimas. «Tales dolores no se pueden expresar con palabras — dice Bussy-Rabutin.—La Madre de Chantal no manifestó el suyo, sino por un abatimiento que hizo temer por su vida (1).» Después de un largo silencio: «¡Señor mío y Dios mío!—dijo—permitid que hable para desahogar un poco mi dolor. ¡Ah! y ¡qué he de decir, Dios mío, sino que os doy gracias por el beneficio que habéis hecho á este único hijo mío, llamándole cuando combatía por la Iglesia romana!» Después tomó un Crucifijo, y besando los dos brazos de la cruz: «¡Redentor mío!—dijo—recibid á este querido hijo en los brazos de vuestra misericordia!» Y llorando después abundantemente: «¡Hijo mío querido!—dijo—¡qué feliz eres en haber sellado con tu sangre la fidelidad que tus abuelos guardaron siempre á la Iglesia romana! ¡Por esto me considero dichosa de haber sido tu madre!»

Se levantó, y llorando sosegadamente, sin sollozos, dijo al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra: «Os aseguro, ilustrísimo señor, que hace más de dieciocho meses que me sentía interiormente inspirada á pedir á Dios que su misericordia me hiciese la gracia que mi hijo muriese en su servicio, y no en esos desgraciados desafíos á que sus amigos le comprometían.» Cuando estaba diciendo esto, entró el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges, su hermano, en el locutorio, con tantas lágrimas y suspiros, que conmovía á todo el mundo; refiriendo muy por menudo las perfecciones, el mérito y bella índole de su sobrino, aumentando y aliviando su dolor con esos pequeños recuerdos, que son tan queridos en la pérdida de una persona amada. Después de mezclar un instante sus lágrimas con las de su hermano, se retiró la Santa, sin que ninguno de los que estaban en el locutorio (y

(1) *Vida compendiada.*

se había llenado sucesivamente de religiosos y sacerdotes) tuviese valor para dirigirle una sola palabra. El dolor y la admiración los tenían mudos.

Durante muchos días quedó la Santa en aquel estado de abatimiento y dolor «que hacían temer por su vida.» Estaba en la recreación con los ojos cerrados, hilando en su rueca, como absorta y sin decir una palabra. Había, no obstante, un rayo de alegría en este mismo dolor. ¡Había tenido hacía diez años tantos temores por la salvación de este hijo! ¡Había temblado tantas veces saber que había muerto en un desafío, que su corazón de cristiana respiraba, por decirlo así, viéndole fuera del peligro de perder su alma. «¡Ay!—escribía—el menor miedo que yo tenía de verle morir en desgracia de Dios en uno de los desafíos á que le comprometían sus amigos, afligía mi corazón más que su muerte, que ha sido buena y cristiana, y verdaderamente, es mucho consuelo para mí el que este hijo haya dado su sangre por la fe, y tanto, que ha sobrepujado á mi dolor.»

Al día siguiente de saber tan triste noticia, aunque abatida con su aflicción, volvió su pensamiento á la joven viuda de Chantal, y le escribió, no para consolarla, porque era demasiado pronto, y porque jamás se consuela uno de separaciones tan crueles, pero sí para tratar por lo menos de elevar su alma á pensamientos que le dieran un poco de fortaleza. María de Coulanges era cristiana, y lo mismo que la venerable Madre de Chantal había temblado mil veces que Celso Benigno pereciera en uno de sus desafíos, en que la pérdida de su vida temporal hubiese sido la menor desgracia. El pensamiento de que en lugar de esto había muerto valiente y noblemente con las armas en la mano, defendiendo á la Iglesia y á su patria, era lo único que podía templar un poco su dolor, y con el que únicamente trató de consolarla. «Y bien, buena y tan amada hija mía,

¿no debemos amar, bendecir y abrazar generosamente la santísima y dulcísima voluntad de Dios en todos los acontecimientos que ordena? Si, ciertamente, mi muy querida y amada hija; es menester hacerlo de buena voluntad y amorosamente; y aunque la llaga sea grande y el dolor muy sensible, es necesario amarla, no obstante, por el amor de la mano que nos hiere. Si, hija mía, este es el ejercicio que deseo practiquéis en vuestra aficción. Vuestro buen esposo era mortal como todos los hombres. ¡Ay Dios! hija mía; recordad cuántas veces ha estado en peligro de perder la verdadera vida de la eternidad, y la dulce bondad de nuestro buen Dios le ha dado una muerte tan cristiana, tan gloriosa, que tenemos motivo para esperar que ha principiado una vida de gloria y felicidad interminable. Acoged este dulce y sólido consuelo, mi muy querida hija, y esperad reuniros á este digno esposo en una sociedad que estará exenta de todo temor, y llena de un placer que no concluirá nunca. Esta ha sido la verdadera felicidad que os he deseado siempre en vuestro bendito matrimonio, sin poder desearos otra. Cuidaos mucho, amada hija mía, para educar en el santo temor de Dios á la querida prenda que nos ha dejado de su matrimonio (1).

»Os aseguro que nunca he sentido más íntima unión con vos que la que tengo ahora, porque además del interés del inmortal amor que tengo á mi muy querido hijo, quiero amaros con todo el afecto que Dios me ha dado para él y para vos. Yo ruego á esta soberana dulzura que sea el mismo vuestro consuelo, y soy con un amor incomparable vuestra más humilde madre (2).»

No contenta con haberle escrito esta admirable carta, la venerable Madre de Chantal, que tenía que ir á Orleans, escribió á la joven viuda que fuese á verla.

(1) María de Chantal, después Marquesa de Sevigné.

(2) *Cartas de la santa Madre de Chantal*, 91.

María de Coulanges acudió al instante á echarse en los brazos de la Santa, que la hizo entrar en el monasterio con ella, le dió pruebas del más vivo afecto, y nada olvidó para consolarla.

Pero ¡ay! María de Coulanges casi no debía sobrevivir más á Celso Benigno, que María Amada al Barón de Thorens. En 1632, la Madre de Chantal supo de repente que su joven nuera estaba gravemente enferma, y que su vida se hallaba en peligro. «Mi bueno y respetable Señor—escribe al instante á su hermano el Arzobispo de Bourges, que le había dado la noticia,—vuestra carta me ha causado mucho sentimiento con la noticia de la enfermedad de mi pobre y querida hija. ¡Ah! ¿querrá llevarnosla nuestro Señor? Si ésta fuese su voluntad, la adoro con todo mi corazón; porque en todo y por todo quiero abrazarla amorosamente... Estoy, pues, en ocasión de resignarme mucho, esperando lo que sea voluntad de Dios hacer de una criatura tan amada, y cuya pérdida causaría tanta aficción á su bendita casa; pero lo que más sentiría, mi querido Señor y hermano, es la irreparable pérdida que tendría su pequeñita hija (1). Pero en fin, debemos sufrir los azotes que nuestro buen Dios nos da, y besar tiernamente su látigo, porque no nos castiga sino por amor. Ya podéis imaginar, mi querido Señor, si rogaremos ardientemente por esta querida hija, y por todos los que están afligidos con su enfermedad. Confieso que estoy impaciente por recibir noticias tuyas (2).»

Las noticias no se hicieron esperar. La Madre de Chantal quedó abrumada de pesar al saber la muerte de la joven Baronesa, pero, no obstante, no pronunció más que esta sola palabra: «¡Dios nos la había dado, Dios nos la ha quitado; su santo nombre sea bendito.»

(1) María de Chantal.

(2) *Cartas de la Madre de Chantal*, 15.